

Grupo de trabajo: 24 “Géneros, cuerpos y sexualidades”

Primera aproximación a las construcciones de masculinidades y feminidades en el proceso sociabilizadorio

Autor: Zuccaro, Agustín Ezequiel

E-mail: aguszuccaro@gmail.com

Pertenencia institucional: Estudiante de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata (FTS-UNLP)

Introducción

El artículo surge de un trabajo etnográfico con niños/as en una escuela de estética¹. Por lo tanto, si bien el proceso sociabilizadorio, es un proceso continuo, aquí se lo entenderá como aquél que instituye al/a cachorro/a humano/a, y que se extiende hasta y durante las infancias. La construcción de masculinidades y feminidades en dicho proceso, esta mediado por un proceso de sociabilización ideológica fundada en la articulación de al menos, dos matrices ideológicas: la biologización de la cultura y la heteronormatividad institucionalizada.

Por ello el trabajo, se articulará en cuatro apartados: el primero abordará una conceptualización del proceso sociabilizadorio como proceso de sociabilización ideológica; el segundo, caracteriza la biologización de la cultura y la heteronormatividad institucionalizada como matrices de pensamiento que estructuran el patriarcado; en tercer término, se hará mención a la masculinización del uso de la fuerza y a la feminización del cuidado de los cuerpos; y finalmente realizaré, una breve consideración final.

Proceso sociabilizadorio como proceso de sociabilización ideológica

El proceso sociabilizadorio, no es otro que el proceso de sujeción social. Es decir, aquel proceso en el cual, el/la cachorro/a humano/a es sociabilizado/a por las instituciones sociales. Instituciones sociales que instituyen la norma cultural creada –con su propia historicidad- en la época en donde nos encontremos, y que por lo tanto el/la “sujeto está obligado a repetir las normas que lo han producido, pero esa repetición crea un ámbito de riesgo porque, si no consigue restituir las normas <<correctamente>>, se verá sujeto a sanciones posteriores y sentirá amenazadas las condiciones de su existencia” (Butler,

¹No se darán más detalles de ella, para resguardar las identidades de los/as sujetos/as que asisten a la institución.

2002:40). En este proceso de reiteración social, los/as sujetos/as en el propio devenir de nuestra existencia rearticulamos, resignificamos y/o reafirmamos las formas en que somos sociabilizados/as, como estatuto ontológico de autonomía radicalmente condicionada por las estructuras sociales y mentales que forman el advenimiento del sujeto. Esta autonomía, se constituye imbricada entre las dinámicas de las condiciones de existencia y las condiciones de creación que cada coyuntura y época posibilita. Estas condiciones habilitan y se articulan con la pregunta como mecanismo de resistencia, porque justamente la esencia de ésta se encuentra en interpelar los sentidos construidos colectivamente, en desentrañar lo fenoménico.

Por otra parte, en los procesos de sociabilización el/la niño/a puede interiorizar cualquier tipo de orden social (Le Breton, 2002). Ésta interiorización, se construye a partir de la transmisión cultural, que tiene tanto una potencia para reproducir el orden social, como una potencialidad de creación para la transformación de las relaciones sociales (Llobet, 2006). Es decir, que este devenir en sujeto/a esta mediado, en última instancia, y fundamentalmente, por un proceso de sociabilización ideológica² instituida por un campo de poder normativo que “forma al sujeto, que le proporciona la misma condición de su existencia y la trayectoria de su deseo, entonces el poder no es algo a lo que nos oponemos, sino también, de manera muy marcada algo de lo que dependemos para nuestra existencia y que abrigamos y preservamos en los seres que somos” (Butler, 2002:12).

Éste acto de sujeción “es el proceso de devenir subordinado al poder, así como el proceso de devenir en sujeto” (Butler, 2002:12). A su vez, se sostiene que el poder como constitutivo de la sujeción social, encuentra una ambivalencia que radica limitaciones y potencialidades. Es decir, el poder como dimensión propia del proceso de sociabilización del/a humano/a, en cuanto sociabilización de dominantes ideológicas, más o menos consensuadas socialmente, comprende una ambivalencia fundante: el poder se encuentra constituyendo al/a sujeto/a; sin él, no habría posibilidad de sujeción social. Dicho de otra forma, es el proceso en el cual se articula un cumulo de deseos, proyecciones, expectativas y libertades relativizadas, por las dinámicas de lo pensable que se construyen en una formación social determinada en un momento particular de su historia, para que el/la cachorro/a humano/a sea sociabilizado/a. Y es en este mismo sentido, que encontramos las posibilidades de creación, de capacidad de construir autonomía, como

²La sociabilización ideológica, se podría comprender como aquel proceso que estructura la construcción de los sentidos, que nos permiten realizar mediaciones para entender la realidad social (Zizek, 2003; Gonzalez, 2008).

instancia de colectivización, porque si bien, los procesos de desconstrucciones tienen una dimensión individual, son necesariamente sociales (Butler, 2002).

Desde un punto de vista sexo-genérico, el proceso de sociabilización, en tanto sociabilización ideológica, opera en la ficción del binarismo hombre-mujer, en su constitución distintiva de lo masculino-femenino, como forma disciplinadora de los “modos de ser y desear” en la vida. Esto se ideologiza en la trama cotidiana mediante la producción y difusión de ciertas directrices ideológicas, en tanto “modo de sociabilidad, afectos, ideas fuerza, valores” (Pastor y Prueger, 2016:8), que nos permiten dotar de sentido nuestro mundo. En última instancia, esto encuentra sus dos pilares en la biologización de la cultura y la heteronormatividad institucionalizada como fantasías significantes en el constructo de ficciones que operan en nuestra periodicidad vivida, y viviente.

Un par de matrices ideológicas: la heteronormatividad institucionalizada y la biologización de la cultura

A mi juicio, la biologización de la cultura y la heteronormatividad institucionalizada son dos, de las principales matrices ideológicas por las cuales opera el patriarcado³. Éstas se constituyen como pilares fundamentales para su constante producción, ya que los procesos de sujeción desde un punto de vista sexo-genérico, se encuentran estructurados, en dichas formas de articulación ideológicas.

Por su parte, en la formación económica-social que vivimos, sexo y género se anudan con el deseo, estructurados a partir de la heteronormatividad institucionalizada. Sin embargo, “el género puede designar una *unidad* de experiencia, de sexo, género y deseo, solo cuando sea posible interpretar que el sexo de alguna forma necesita el género -cuando el género es una designación psíquica o cultural del yo- y el deseo -cuando el deseo es heterosexual y, por lo tanto, se distingue mediante una relación de oposición respecto del otro género al que desea-” (Butler, 2007:80). Esta unidad de experiencia, se instituye en ese campo de poder heteronormativo, como ficción biológica; como ilusión normativa que naturaliza la desigualdad construida culturalmente.

³Acuerdo con Varela, cuando sostiene que “el patriarcado ha surgido de una toma de poder histórico por parte de los hombres, quienes se apropiaron de la sexualidad y reproducción de las mujeres y de su producto, los hijos, creando al mismo tiempo un orden simbólico a través de los mitos y la religión que lo perpetúan como única estructura posible” (2005:177). Por lo tanto se lo podría definir de manera resumida, como un orden socio-cultural y político que privilegia al varón por sobre la mujer, que pondera unas personas sobre otras. En fin, es una estructura que sostiene que hay vidas que valen más y otras menos.

En cuanto a la segunda matriz mencionada, debo realizar una aclaración antes de caracterizarla: en este trabajo se parte de la premisa que los sexos y los géneros son construcciones socio-culturales. Sin embargo, lo que entendemos comúnmente por “diferencia sexual” refiere a una diferencia anatómica, que es significada culturalmente en un sentido biológico, estructurando el esquema binario de hombre-mujer. Esta producción humana encuentra a lo largo de la historia –y sobre todo en los últimos siglos–, que “el orden masculino esta tan profundamente arraigado que no precisa ninguna justificación: se supone a sí mismo como autoevidente, universal (...). Tiende a darse por sentado en virtud del acuerdo cuasiperfecto e inmediato que prevalece entre, por un lado, estructuras sociales como las que se expresan en la organización social del espacio y el tiempo y la división sexual del trabajo, y por el otro, las estructuras cognitivas inscriptas en los cuerpos y en las mentes” (Bourdieu y Wacquant, 2014:217). A su vez, la difusión de la matriz de la biologización de la cultura como estructurante y constructo ideológico de la mirada, se sostiene en el proceso sociabilizador “a través de una doble operación: por medio de la construcción social de la visión del sexo biológico que sirve como fundamento, por su parte, de las visiones míticas del mundo, y a través de la inculcación de una *hexis* corporal que constituye una verdadera *política encarnada*. En otras palabras, la sociodicea masculina debe su eficacia específica a que legitima una relación de dominación inscribiéndola en una biológica, que es una construcción social biologizada” (Bourdieu y Wacquant, 2014:218).

Finalmente, se podría decir que las matrices desarrolladas en este apartado, encuentran su significado y eficacia en los procesos de ideologización subjetivante en los/as sujetos/as, a partir de la constante difusión e institucionalización de ciertas directrices ideológicas.

Directrices ideológicas: masculinización del uso de la fuerza y la feminización del cuidado de los cuerpos

En la jerarquización de la vida existente en nuestra organización social, desde un punto de vista generizado, podemos hablar de una distinción estructurante de la mirada ideologizada: la distinción entre lo masculino y lo femenino, que “depende de una serie de valores y prácticas con relación a la mujer y al hombre, dentro de un marco social organizado en torno a valores culturales de la masculinidad” (García Canal, 1997:28).

Esta distinción consigna de manera diferenciada, ciertas directrices ideológicas, articulando las formas de “ser hombre” o “ser mujer”. De este modo, puedo hablar de dos

directrices que se forjan en los procesos sociabilizatorios de las infancias: la masculinización del uso de la fuerza y la feminización del cuidado de los cuerpos. Éstas, si bien son pares opuestos, funcionan como complementarios; es decir, se anudan, se entrelazan. Tanto es así, que no podría hablar de una sin la otra. Se necesitan, como fundamento de la práctica ideologizada estructurante de las actividades y las formas de relacionarse entre ellas.

En cuanto a la masculinización del uso de la fuerza, es una pauta que establece una estructuración implícita en las formas de relacionarnos con nuestros pares, extendiéndose, en cuanto actitud subjetivada, a la vinculación con otras personas, en “un contexto cultural donde persisten significaciones de masculinidad asociadas con el vigor y la fuerza, el control del dolor físico, el ocultamiento de las emociones, las actitudes temerarias, la tendencia al dominio” (Tomasini, 2010:30). Esto se funda como ficción normativa, al establecer para quienes es legítimo el uso de la fuerza: los hombres. Es así, que “esta fantasmagoría patriarcal exhibe su basamento en la valoración de lo animal, de la fuerza bruta, la agresividad y la amenaza de lo masculino como característica virilizante que supone la posibilidad última de asegurar la existencia de su comunidad frente a otrxs o a catástrofes naturales” (Pechin, 2013:187). En este sentido, ésta directriz ideológica se articula y profundiza “toda vez que son inducidos a constituir cursos de acción ligados con el uso de la fuerza y con actitudes desafiantes e intimidatorias (...) los impulsaría a hacer un uso ostentoso de la capacidad intimidante y un empleo de la fuerza física como modo de exhibición del carácter masculino en las redes de relaciones con los pares” (Tomasini, 2010:14, 24).

Por otra parte, la feminización del cuidado de los cuerpos, se constituye como ficción opuesta y complementaria. Es decir, si el uso de la fuerza física implica una pauta de vinculación en los niños, su “contracara”, establece que alguien tiene que cuidar y cuidarse de quien despliega su arsenal físico en detrimento de otros cuerpos. La feminización del cuidado de los cuerpos, establece en primera instancia, un cuidado de sí, y en segunda, el cuidado de los/as otros/as; en fin las “responsabilidades de cuidado de aquellos con quienes convive.” (Rodríguez Enriquez, 2015:37). Fijándolo en un sentido amplio, esta directriz se constituye de tal forma, que opera mediante una responsabilización femenina del mismo, a partir de la sanción moralizante que se instituye como significante disciplinador, en donde “todo un conjunto de regulaciones institucionalizadas se monta sobre esta construcción” (Llobet, 2012:16).

Consideraciones finales

El proceso sociabilizador como he desarrollado en este trabajo, es un proceso de sociabilización ideológica, ya que se articula en la difusión y construcción de ciertos “modos de hacer sociable” al/la cachorro/a humano/a. Estos modos, se constituyen a partir de un conjunto de valores, ideas-fuerza, formas de afectividad y construcciones deseantes, en el propio devenir de la sujeción social, mediante la ambivalencia del poder como constitución performativa.

Por otra parte, las matrices ideológicas a las cuales se hizo referencia, son al menos dos, de los cimientos legitimadores del patriarcado, y encuentran correlatos en la incorporación de las directrices ideológicas, que son las organizadoras de nuestra forma de vivir y desear en la vida cotidiana.

Finalmente, podría decir que hablar de directrices ideológicas consolida una posibilidad de pensar en otro futuro posible. Es decir, pensarlas como campo de disputa socio-política, para establecer y construir igualdad en la diversidad. Esto es, en última instancia, construir las mismas posibilidades para todos/as los/as seres humanos/as.

Bibliografía

Bourdieu, P.; Wacquant, L. (2014). *Lenguaje, género y violencia simbólica*. En Bourdieu, P; Wacquant, L. (2014). Una invitación a la sociología reflexiva. Siglo Veintiuno Editores: Buenos Aires.

Butler, J. (2002). *Los mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Ediciones Cátedra: Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer.

Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Ediciones Paidós Ibérica: Barcelona, España.

García Canal, M. (1997). *El señor de las uvas*. Cultura y género. Universidad Autónoma Metropolitana. Colección ensayos: México.

Gonzales, M. (2008). Redescpciones del concepto de ideología en el pensamiento filosófico post-estructural y lacaniano. *En Revista de Filosofía A Parte Rei* (60), p. 1-8.

Le Breton, D. (2002). *La sociología del cuerpo*. Editorial Nueva Visión: Buenos Aires.

Llobet, V. (2006). *¿Retratos de niño? Políticas sociales y derechos de niñas y niños en situación de calle*. En: Carli, S. (comp.): La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping. Ed. Paidós: Buenos Aires.

Llobet, V. (2012). Políticas sociales y ciudadanía. Diálogos entre la teoría feminista y el campo de estudios de la infancia. En *Revista Frontera Norte* (48), p. 7-36.

Pastor, J. Prueger, J. (2016). *Una aproximación a la disputa de sentido en la crisis global: hegemonía, ideología y proyectos estratégicos*. En IX Jornadas de Sociología, Universidad Nacional de La Plata

Pechin, J. (2013). ¿Cómo construye varones la escuela? Etnografía crítica sobre rituales de masculinización en la escena escolar. En *Revista Iberoamérica de Educación* (62), p. 181-202.

Rodriguez Enriquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado: aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. En *Revista Nueva Sociedad* (256), p. 30-44.

Tomasini, M. (2010). Escuela y construcción de identidades de género: una aproximación a la masculinización de los varones en edad pre-escolar. En *Revista de Psicología de la Universidad de Chile* (1), p. 9-34.

Varela, N. (2005). *Feminismo para principiantes*. Ediciones B: Barcelona.

Zizek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Editores Siglo XXI: Buenos Aires.